

trincante nuestro, pero como usted emplea frases subversivas en su último artículo, cortamos la discusión, contentandonos con arrojarle al rostro la saliva de nuestro olímpico desprecio.”

Ya ven, ustedes que no puede hallarse medio mejor para irse por la tangente. Y queda como *muy hombre*; aunque algunos digan lo contrario.

Y como estos ejemplares ¡hay tantos y tantos!

¡Oh el periodismo! ¡Oh el *sacerdocio*!

TRISTE TRES.



LA BICICLETA.

Arnulfo amaba á Columba con todo el furor de los veinte años. Ya saben ustedes que, según los tratadistas en la materia, á los veinte años se ama con mucho furor. De donde resulta que los novios, como los toros, hay que buscarlos jóvenes para que embistan. Bueno, pues Arnulfo tenía dos pasiones en el mundo; la novia y la bicicleta. Conoció á la primera una vez que acababa de atropellar con la segunda á un transeunte pacífico y recibir una bofetada de él. Arnulfo se llevó ambas manos á la parte ofendida y después miró indistintamente á todos lados. Tras del balcón próximo una joven le contemplaba con los ojos “preñados” de lágrimas. Ante aquella muda manifestación de condolencia, el joven se sintió también “embarazado” y confuso. Al otro día averiguó el nombre de ella. Al saber que

se llamaba Columba latió su corazón "con inusitada violencia." ¿Saben ustedes por qué? Porque su bicicleta era de la marca *Columbed*. ¡Las grandes pasiones tienen pequeñas causas!

¡Y qué bien "se veía" Arnulfo en la máquina! ¡Qué gracia para mover los pedales! ¡Qué elegancia para dar las vueltas! Y qué musculatura! Desde la cintura para abajo Arnulfo parecía otro. Ya saben ustedes que la bicicleta desarrolla los órganos inferiores.

Arnulfo empezó á rondar la casa, siempre con su aparato. Los vecinos de aquella calle, vulgo cuadra, si el H. se empeña en que llamemos á las cosas por sus nombres, acabaron por conocerle.

—Ahí está ese, decía uno.

—Mira como se inclina hácia adelante, replicaba otro. Parece que ha comido fuerte y no puede hacer la digestión.

Arnulfo seguía impertérrito dando vueltas por enfrente de la morada de la que ya era su novia.

*
*
*

La chica era una virgen pálida, de las que usan los decadentistas. Tenía, sobre todo, un corazón de oro. Arnulfo la amaba por eso y

por el dote, que también estaba en oro. Pero ¡ay! ella estaba muy desgraciada, como dicen los traductores de novela francesa. Su padre se oponía á aquellos amores. Habíase empeñado en curarla de ellos á fuerza de palizas. Y, claro, era echar *leña* al fuego.

—Pero papá, decía Columba, Arnulfo es un buen muchacho.

—Si, pero está montando todo el día.

—Eso no es obstáculo, papá. Tú también montas.

—Pero lo hago pocas veces. Además, yo no empecé á montar hasta después de que me hube casado.

Un día la paliza fué monumental. Como que era de padre..... y señor mío. Columba esperó que llegara la noche y con ella la hora de la cita.

Por fin apareció Arnulfo, montado en la máquina, la arrimó á la pared y se acercó al balcón, que era bajo.

—¡Ay Arnulfo mío! gritó ella llorando, ya no puedo más!

—Pues échate, respondió Arnulfo abriendo los brazos.

—¡Sálvame, Arnulfo! Mis padres se oponen. ¡Huyamos!

—¡Cómo!

—Por el balcón. Llama un coche. He concebido un plan.

—¡Pero mujer!

—Arnulfo, ¡ha llegado la hora de probar que me quieres!

No hubo remedio. Metiéronse los novios en un coche amarillo y, tumbo aquí, tropezón allá, echaron á andar hasta la estación. El tren salía una hora después.

* * *

¡Los proyectos que se formaron dentro del coche!

—Verás, verás, decía Arnulfo; en cuanto sepa tu padre lo que hemos hecho, nos perdona y nos casamos.

—Mira que mi padre es muy bruto, Arnulfito.

—Bueno, pues si esto no lo convence, le vencerá lo que hagamos después. ¡Ay Columba! Momento de silencio.

—¡Arnulfo!

—Qué!

—¿Dónde tienes las manos?

—Aquí tonta, sobre las rodillas. Pero que feliz voy á ser contigo y la bici..... ¡Ay! gritó Alfredo, dando un salto.

—¿Qué, te has pinchado, Arnulfito? ¿Lo ves? Si ya te dije que no hicieras eso.....

—No hija, si es que ahora recuerdo que dejé la bicicleta arrimada á la pared de tu casa.....

En esto llegó el coche y apeóse Arnulfo para dar la mano á Columba. Al pisar en el suelo, sintió que la punta de una bota se posaba enérgica, "al par que" repentinamente sobre cierta parte del cuerpo y que una voz decía á su espalda:

—Buenas noches, joven. Venía á traerte esto. Arnulfo se volvió. Allí estaba su bicicleta y junto á ella ¡su suegro!

PUNTO FINAL.



MI MUSA Y YO.

—¿Que no acudes á mi ruego?
¿Y por qué, gacela mía?
¡No comprendo tu despego!.....
Inspírame y vete luego,
pedacito de ambrosía.

—¿Que escribo versos *peores*
que hacen que te ruborices
delante de estos señores?
Ten calma, no te acalores
y mira bien lo que dices.
¿No hay quinientos por ahí
que los hacen como yo
y tú los proteges?

—Sí.

Pues entonces ¿por qué no
has de protegerme á mi?
¿Estas resuelta?

—Cabal.

—¿No transiges?

—No por Dios.

—Pues si lo dices formal
veremos cual de los dos
sale perdiendo al final.
Tu terquedad me exaspera
y me hace perder la calma,
¡la perdería cualquiera!.....
Te voy á romper el alma
al llegar la primavera;
que entonces sueles venir
con muchas zalamerías
para obligarme á escribir
y para hacerme decir
infinitas tonterías.

—¿No ves el campo florido?

—me dices muy satisfecha
acercándote á mi oído—

¿No escuchas la dulce endecha
que canta el ave en su nido?

¿No escuchas al ruiseñor,
que allá en la alameda umbría,
saltando de flor en flor,
va cantando himnos de amor
al nuevo radiante día?

¿Ves el polvo que levanta

al moverse con pereza
aquella agreste maleza?
Pues en el viento que canta
á mamá naturaleza.

¿No ves á las florecillas
reclinarse sobre el suelo?
Pues es que á las pobrecillas
el viento, muy tunantuelo
les está haciendo cosquillas.

¿No escuchas las argentinas
notas süaves y finas
de la *corriente de plata*?
Pues les va dando la lata
á las orillas vecinas.

¿No ves el ave canora
que con poderoso vuelo
sale á recibir la aurora
rasgando el azul del cielo?

—No la veo, no señora.

—¿No escuchas en la enramada
al melancólico tordo
que hace el amor á su amada?

—Hija, yo no escucho nada
porque soy un poco sordo.

.....
.....

Y esta es la eterna canción

de todas las primaveras.....
 ¿tengo ó no tengo razón
 para quejarme deveras
 por tu falta de atención?
 Pero ya estoy decidido
 tu despego me ha podido,
 y el dejarte no me pesa.
 ¡Me da rabia el haber sido
 plato de segunda mesa!

Si alguno de mis lectores
 quiere obtener los favores
 de mi musa, que los pida.
 Conque animarse, señores
 que se los mando en seguida.

—¿Que quieres hacer las paces?
 —No, hija, no; ¡si soy muy malo!
 ¡si hago versos incapaces!.....
 Mira tu que falta me haces,
 cuando, ya ves, te regalo.

TRISTE TRES.



LA CUESTION DEL MATRIMONIO.

Empiezo por declarar que no soy contrario al matrimonio. Dios dijo que creciéramos y nós multiplicáramos, y cuando Dios lo dijo, por algo sería. Lo que sí creo y de esta creencia ni Dios me saca, es que eso del casamiento merece pensarse.

Supongamos que yo me enamoro de una chica y supongamos que ella se enamora de mí. Esto ya será mucho suponer, pero con suponerlo nada pierden ustedes y algo voy ganando yo. Si ella vive en piso bajo y con balcón á la calle, menos mal, porque podemos decirnos tonterías, y hacernos, sin que nadie nos oiga. Pero ¿y si sus balcones están á algunos metros sobre el nivel del suelo? En primer lugar, á mí me pasa lo que á Yusepini; no puedo dar el *dó* si no me agarro á la tiple. ¿Cómo voy á hacer protestas de amor á

mi novia á diez metros de distancia? Eso se queda para los poetas, que entregan al aire sus quejas eróticas, como si fueran semillas, para que el aire vaya y las deposite en los oídos de su amada. Yo no puedo decir á una muchacha, ¿me amas? para esperar á oír la contestación cuando haya pasado un coche.

Pero ya quiero suponer que he aguantado todo esto y llega el golpe final, me caso. Salimos de la iglesia y la gente forma dos filas laterales para vernos pasar, como si nunca hubiesen visto casarse á un hombre y una mujer.

—¡Qué bonita es! dice uno, y la mira de arriba á abajo.

—Y qué ojeras trae. Se conoce que no ha dormido.

—Chico ¡qué cuerpo!, esclama otro.

—¡Ay! contesta solamente el primero.

—Mira al novio, que facha de bobo tiene.

—Y pensar que luego.....

—No me hables de eso. Si yo pudiera.....

—Oye ¿no te parece demasiada mujer para él? Se va á volver loco.

A todo esto, yo ardo en deseos de disolver á patadas el grupo de la tertulia, pero las conveniencias sociales.....

Luego vienen los amigos que me felicitan. Los

hay de dos clases; unos que toman la cosa muy en serio y otros que vienen esclusivamente á decir los chistes.

—Vaya, adiós, y que sean ustedes muy felices. Ya saben ustedes que la paz del matrimonio es el sosten de la familia, del Estado, de la Sociedad.....

En seguida vienen los chistosos.

—Vaya, chico que te diviertas. Tú ya tendrás prisa por quedarte solo, ¿eh?

—Señorita, caballero..... ¡Ya, ya, qué caras ponen!..... Que paseis muy buena noche, eh? ¡Je, je!..... buena noche..... ¡je, je!.....

—Venga esa mano, hombre. Y cuidadito con extralimitarse.

Otro viene, me da la mano y se pone á cantar;
trátala con cariño
que es mi persona.

—Vamos, dice un casado, como le brillan á usted los ojos..... No, no se ponga usted serio, si eso es natural. Cuando yo me casé.....

Y se pone á contarme una historia llena de chistes capaces de ruborizar á un gendarme y á mirar á mi señora. Cada vez que ésta se ruboriza, me guiña él el ojo y me dice:

—Chits..... como es primeriza..... Ya se irá acostumbrando.

—Adiós, buena pieza, me dice un amigo de confianza, dándome palmaditas en el hombro. No te olvides de que quiero ser padrino. Ya sabes, en cuanto haya señales de..... ¿eh? me avisas.

Por fin llega el turno al más temible. Es un viejo, amigo de la familia de mi novia, que "vió nacer" á la chica.

—Joven, me dice, usted no se estrañará de que yo la dé un beso. ¡La he besado tantas veces..... Vaya, hija, que seas muy feliz.

Y empieza á abrazarla y á estrujarla por todos lados.

—Je, je..... ¿Te acuerdas de cuando eras niña y me tirabas de los bigotes? ¡Como envejeceis á uno! Joven, me dice luego á mí. no sabe usted lo inocente que es esta niña..... A ver como me la trata..... Hombre, se lo digo á usted con toda confianza, no se la merece usted.

Acaba este suplicio y viene el del día siguiente. Salimos mi mujer y yo del brazo, y apenas encontramos un conocido, se nos queda mirando y sonriendo á lo pillin.

—¡Hola! ¿Qué tal de ayer á hoy? ¿Cómo pasaron la noche?

Y yo no le ahogo porque tengo mucho que hacer ese día. Pero ¿qué le importa á ese tipo como he pasado la noche?

Voy un rato al Casino por la tarde y forman corro los amigos para verme.

—Chico, que mala cara traes. Cómo se conoce que te casaste ayer.

—¿Qué tal, hombre, qué tal? pregunta otro recalcando las sílabas.

—¿Quieres echar unas carambolas? Hoy te gano, porque debes estar muy flojo:

Al fin tomo el partido de huir y refugiarme en casa. Y en el portal encuentro á la portera de mi antigua morada, que me dice:

—Pos, señor, vine á saber cómo sigue la niña.....

PUNTO FINAL.

